

dCIDOB 100.

1983-2006: nuevos tiempos, nuevas miradas.

El Mediterráneo, del siglo XX al siglo XXI cambios y continuidades en una región convulsa.
Eduard Soler Lecha.

EL MEDITERRÁNEO, DEL SIGLO XX AL SIGLO XXI CAMBIOS Y CONTINUIDADES EN UNA REGIÓN CONVULSA

Eduard Soler Lecha Coordinador del Programa Mediterráneo, Fundación CIDOB

En veinticinco años el Mediterráneo ha experimentado cambios notables, algunos de ellos internos, como el nacimiento del Proceso de Barcelona o la implosión del islamismo político. Otros han sido fruto de las transformaciones del sistema internacional, especialmente con el fin de la Guerra Fría. Sin embargo, en esta región de límites difusos que llamamos Mediterráneo, hay elementos que se mantienen inalterados. El Mediterráneo continúa siendo una falla geopolítica y continúa representando un abismo en términos socioeconómicos. Simultáneamente, conflictos como el árabe-israelí, el chipriota o el del Sahara continúan abiertos y en países como el Líbano la falta de cohesión y el peligro de confrontación civil está en el orden del día. Este artículo se centra en el análisis de estos cambios y continuidades lanzando, en la parte final, una mirada hacia el futuro de la región.

Un Mediterráneo en transformación

Como decíamos, una de las transformaciones más importantes que ha vivido el Mediterráneo se deriva de un cambio en el sistema internacional. Del mundo bipolar de la Guerra Fría, con dos superpotencias como la URSS y Estados Unidos que procuraban contenerse mutuamente y que indirectamente se enfrentaban en diferentes lugares del planeta, se pasó, con la caída del muro de Berlín y el derrumbamiento de la URSS, a un sistema unipolar. En esta nueva etapa, Estados Unidos aspiraría, en palabras del antiguo ministro francés Hubert Védrine, a convertirse en una superpotencia. Sin embargo, más que provocar cambios radicales, el fin de la Guerra Fría aceleró procesos que se habían iniciado antes de la caída del muro de Berlín.

Podemos observar que la desaparición de la fractura este-oeste dio más relevancia a la fractura norte-sur ya existente. Simultáneamente, el peligro rojo fue sustituido en algunos sectores por un peligro verde, es decir, por un indeterminado peligro islámico que ya se había expresado en el año 1979 con la revolución islámica en Irán. Así, durante los últimos veinticinco años el terrorismo de tipo islamista ha aumentado y, a pesar de que está asociado a la fatídica fecha del 11 de septiembre, esta lacra ha afectado a ciudades como Estambul, Casablanca, Londres, Madrid o Sharm-el-Sheikh.

Así pues, pasados veinticinco años, se ha producido un cambio en los protagonistas y la naturaleza de la amenaza terrorista en el Mediterráneo. Grupos con una retórica religiosa y misionera como las diferentes células de Al Qaeda han tomado el protagonismo a grupos con reivindicaciones territoriales y con una ideología próxima al marxismo (PKK, ETA y grupos de la OAP). Estos grupos, aún activos, se han visto obligados incluso a cambiar su estrategia ante este hecho.

Otro elemento de cambio está vinculado al papel de la Unión Europea (UE). La UE del año 2007 ha cambiado significativamente respecto de la del año 1983. La UE se ha ampliado, se ha dotado de una incipiente política exterior y de defensa, ha intentado sacar adelante un proyecto de constitución europea. Paralelamente a estos cambios globales, la UE se ha mediterraneizado en dos sentidos. En primer lugar, porque se han adherido diversos países mediterráneos, como España y Portugal (1986) y Eslovenia, Malta y Chipre (2004). Hoy en día, la UE tiene frontera terrestre con Marruecos y se encuentra a un centenar de kilómetros de la costa siria. En segundo lugar, porque ha desarrollado una política mediterránea más potente. Bajo el impulso de uno de los nuevos socios mediterráneos –España–, nació en el año 1995 en Barcelona el Partenariado Euromediterráneo. Doce años después está lejos todavía de alcanzar los objetivos de paz,

prosperidad e intercambio humano y, además, el Partenariado tiene que ser compatible con novedosas políticas como la de vecindad. Sin embargo, el Proceso de Barcelona continúa vivo y proporciona, sobre todo, un marco de diálogo a múltiples niveles, inexistente veinte años atrás.

Finalmente, otro cambio significativo está vinculado al replanteamiento de la identidad europea y de las identidades locales en muchas sociedades de la ribera norte del Mediterráneo. En las últimas décadas, España, Portugal o Italia han dejado de ser emisores de emigrantes para pasar a ser receptores. Así es como las sociedades española, portuguesa o italiana han ido descubriéndose cada vez más plurales, y cómo ciudades como Barcelona han tomado el relevo como referentes cosmopolitas en Alejandría o Tánger. Este cambio ha sido acelerado y, en algunos casos, repentino. Comienza a plantear retos y seguramente todavía planteará más retos y más complejos en un futuro no demasiado lejano. En todo caso, a través de estos nuevos ciudadanos, Barcelona o Cataluña se sienten más atadas que nunca a Marruecos y a ciudades mucho más lejanas como Karachi o Lahore. Por lo tanto, las migraciones han reducido las distancias y han hecho del Mediterráneo y del mundo entero un espacio más pequeño e interconectado.

Continuidades y retos compartidos

Pese a la importancia de estas transformaciones, podemos observar que, en los últimos años, los cambios han sido menores en otros campos. Estas continuidades no son siempre positivas. En primer lugar, cabe destacar que el Mediterráneo continúa siendo escenario de una de las mayores fracturas socioeconómicas del planeta. Los niveles de riqueza, bienestar y desarrollo de la ribera norte están lejos de ser alcanzados por las sociedades del sur y del este del Mediterráneo, donde el analfabetismo es aún una lacra, el sistema sanitario y educativo deficiente, la pobreza generalizada, el crecimiento económico fluctuante y el paro juvenil un caldo de cultivo de conflictos sociales e incluso políticos. Hoy en día, las desigualdades entre Marruecos y España tienen pocos referentes de comparación aparte del de las dos Coreas y lo que es más grave es que en algunos aspectos las desigualdades aumentan en vez de disminuir.

A esta fractura socioeconómica es preciso añadir que el Mediterráneo es una falla geopolítica. A pesar del voluntarismo del Proceso de Barcelona, el Mediterráneo no es aún una región integrada y mucho menos una comunidad de seguridad, es decir, un espacio en el cual sus miembros han dejado de concebir el uso de la violencia como un instrumento para poder resolver los conflictos. Una violencia que, en muchos casos, no se utiliza tanto para luchar o protegerse del enemigo externo como de los enemigos internos. Así pues, la seguridad nacional y la seguridad de los regímenes tienden a confundirse en los países del sur y del este del Mediterráneo.

Mientras la democracia se consolida en la ribera norte, los progresos en este campo por parte de muchos regímenes del sur son escasos cuando no inexistentes. En algunos casos, el más flagrante de los cuales es Túnez, la calidad democrática y el respeto de los derechos humanos incluso han retrocedido en las últimas décadas. Esta es una de las principales continuidades de la región: la democracia continúa siendo la excepción y no la regla en el sur y este del Mediterráneo. Además, ello contrasta con otras latitudes como Europa del Este, América Latina o incluso algunos lugares de la África Subsahariana donde ha habido avances democráticos sustanciales durante el último cuarto de siglo. Siguiendo, sin embargo, con las continuidades, debemos destacar que si Europa no tenía suficiente credibilidad para promover la democracia en el mundo árabe durante los años ochenta debido al lastre de su experiencia colonial, continúa sin tenerla en el año 2007. A modo de ejemplo, después de su agria reacción a la victoria de Hamas en las elecciones palestinas, las más transparentes de la historia del mundo árabe, el papel de

Europa como ente democratizador se ha puesto en tela de juicio entre los demócratas de la región.

Una de las continuidades más dramáticas es el mantenimiento de conflictos abiertos o latentes en diferentes lugares del Mediterráneo. El más significativo es el israelo-palestino que más allá de las repercusiones que tiene para los ciudadanos de los dos países, contamina cualquier proyecto para conseguir mayores cuotas de integración política, económica y social en el Mediterráneo. En los años noventa, con la conferencia de paz de Madrid (1991) y los Acuerdos de Oslo (1993), se abrió una ventana a la esperanza, cerrada, a finales de siglo, con la segunda intifada. En 2005 diferentes factores dejaban divisar una nueva etapa de esperanza: la inicial retirada israelí de Gaza, la elección de Mahmud Abbas e iniciativas como los Acuerdos de Ginebra promovidos por miembros de la sociedad civil palestina e israelí. Una vez más, sin embargo, estas esperanzas se rompieron. No sólo eso, sino que la crisis iniciada con la victoria de Hamas se extendió a un país, el Líbano, que comenzaba a levantar cabeza después de décadas de guerra civil, ocupación israelí y tutela siria. La guerra entre Israel y Hezbolá del verano de 2006, con la amenaza de Ehud Olmert de retornar al Líbano a la situación de dos décadas antes, muestra la fragilidad de la situación en Oriente Próximo y evidencia que el conflicto israelo-palestino es sólo uno de los componentes de un conflicto árabe-israelí más amplio.

Con todo, el conflicto en el Próximo Oriente no es ni mucho menos el único que permanece latente desde hace más de un cuarto de siglo. En el Magreb destaca el del Sahara Occidental. Este conflicto, iniciado con la Marcha Verde a mediados de los años setenta, tiene como principal lastre el drama humano de los refugiados de Tinduf y continúa paralizando una mejora en las relaciones entre Argelia y Marruecos, indispensable para avanzar hacia un Magreb más integrado. En el Mediterráneo Oriental todavía no se ha resuelto el conflicto de Chipre. Pese a su adhesión a la UE (2004), la isla continúa dividida después del fallido referéndum sobre el plan Annan y, hoy por hoy, los intentos de solución del conflicto parecen aún más difíciles. Finalmente, no debemos olvidar los Balcanes. Los años noventa fueron dramáticos para esta región pero la solución a las reivindicaciones independentistas de Kosovo o la falta de cohesión en Bosnia son aún temas que se deben resolver y que podrían desembocar en nuevas crisis.

Una última tendencia que se mantiene es el hecho de que los países mediterráneos son más un objeto que un sujeto en el terreno internacional. Puede observarse cómo actores externos en la región, principalmente Estados Unidos, Irán y las monarquías del Golfo Pérsico, tienen una gran influencia en la seguridad y la política de esta región. Una tendencia que incluso se ha reforzado. Así, Estados Unidos continúa tutelando o cuando menos siendo una ayuda esencial para los regímenes que desde Washington se llaman *gobiernos árabes moderados* como el de Jordania o el egipcio. La intervención iraní en el conflicto libanés o la creciente influencia de los medios de comunicación del Golfo como *Al Jazeera* o *Al Arabiya* son otros ejemplos de esta tendencia.

Una mirada hacia el futuro

El futuro del Mediterráneo dependerá tanto de la voluntad de sus habitantes y de sus gobiernos como de factores de orden global. Por lo tanto, es preciso llevar a cabo una reflexión serena sobre cómo aprovechar las oportunidades y cómo hacer frente a algunas de las amenazas que hemos mencionado en este artículo. Con una perspectiva a largo plazo, las sociedades y los gobiernos mediterráneos tendrán que hacer un esfuerzo para anticiparse a los acontecimientos y pensar qué nuevos factores pueden condicionar la agenda mediterránea del siglo XXI. Por ejemplo, factores de orden global como el cambio climático pueden generar nuevas crisis y

nuevos conflictos. El Mediterráneo es particularmente vulnerable al cambio climático y a sus consecuencias de desertificación, éxodo rural y crisis del modelo turístico imperante en muchos países. Además, los pocos recursos de cualquier tipo (suelo, agua, pesca, hidrocarburos) serán algunas de las principales fuentes de inestabilidad si no se toman las medidas para atenuar sus efectos.

A todo ello hay que añadir la intervención de las potencias no-mediterráneas. En las próximas décadas y pese al desplazamiento de la centralidad internacional hacia el área de Asia-Pacífico, Estados Unidos continuará ejerciendo influencia en esta región a pesar de que muy probablemente tenga que competir con otros actores externos. China, por ejemplo, está reforzando sus lazos políticos y económicos con los países de la región y con el conjunto del continente africano. Rusia, aunque limitado al ámbito energético, probablemente también fortalecerá su política árabe, sobre todo en dirección a Argelia con quien podría formar un cartel argelo-ruso capaz de controlar el abastecimiento de gas de Europa. Finalmente, es muy probable que Irán continúe reforzando su implicación en la vida política de la región a pesar de que la estrategia dependerá de su imprevisible evolución interna.

También se perfila un desdibujamiento de las fronteras entre el Mediterráneo y el África Subsahariana. A raíz de los movimientos humanos de difícil control en la zona sahariana, los países de la ribera sur y este del Mediterráneo recibirán con mucha más intensidad las consecuencias de los conflictos políticos, de las crisis económicas, del subdesarrollo, de los desastres naturales y las crisis humanitarias de un continente que presenta los peores indicadores del conjunto del planeta. Unos efectos que, de rebote, se dejarán sentir en Europa. En este contexto, la UE se tendrá que repensar en tres dimensiones: la ampliación, la integración y la política exterior y de defensa. En lo que concierne al primer tema, la UE tendrá que decidir si Turquía, los Balcanes, Ucrania, Moldavia y tal vez incluso el Cáucaso pueden aspirar, aunque sea a largo plazo, a la plena integración en la UE. Esta decisión, de orden estratégico, es clave. Las ambigüedades, los dobles baremos, las falsas esperanzas y las promesas rotas son el peor obstáculo para que los procesos de reforma tomen fuerza, y son el revulsivo más eficaz para desencadenar la inestabilidad y el retorno al nacionalismo más agresivo en el sureste de Europa, es decir, en el Mediterráneo nororiental.

En cuanto a la integración se debería resolver la situación de *impasse* creada con los fallidos referendos sobre el tratado constitucional en Francia y Holanda. Es preciso encontrar una solución para desvanecer la actual sensación de crisis. Sin una mayor confianza en ellos mismos y un cierto optimismo respecto a su futuro, los europeos no serán capaces de afrontar grandes retos como el de la adhesión turca. También es necesario para facilitar el proceso de toma de decisiones en una UE con cada vez más miembros.

Uno de los ámbitos en los que se hace más patente la inoperatividad del sistema de toma de decisiones existente y de la falta de recursos e instituciones es el de la política exterior y de defensa. En la agenda europea de los próximos años se tendrá que estudiar si es viable y conveniente crear la figura del ministro de Asuntos Exteriores con independencia de la aprobación de la Constitución. Los próximos años también serán clave para observar el efecto de la puesta en marcha de nuevos instrumentos en el marco de la Política Europea de Seguridad y Defensa (PESD), como los grupos de combate (*battle groups*) que podrían ser utilizados en el Mediterráneo. Sin embargo, la culpa de la inacción de la UE en muchos campos no se puede atribuir sólo a la falta de instrumentos o al proceso de toma de decisiones, sino a una falta de voluntad política, absolutamente necesaria para llegar a consensos en los temas más complejos. El caso más claro es el del conflicto árabe-israelí, en el cual se hace evidente que, de cara al

futuro, será esencial que la UE haga más esfuerzos para acordar y mantener una posición común y sea capaz de anticipar su reacción ante eventuales crisis como la vivida en verano de 2006 en el Líbano.

Esta reflexión nos lleva a hablar de los conflictos abiertos en el Mediterráneo. Tampoco en este campo no predomina el optimismo. En cuanto al conflicto palestino-israelí no existe actualmente ningún elemento que haga presagiar una solución durante los próximos años. Esta se debería construir basándose en un acuerdo entre el Gobierno israelí y todas las facciones palestinas, incluida Hamas, en la línea de la declaración de la Liga Árabe que proponía a Israel el reconocimiento del mundo árabe en bloque siempre y cuando se llegase a una solución de dos estados con las fronteras del año 1967. En cuanto al conflicto del Sahara, hay más posibilidades de que se llegue a un final negociado en el próximo cuarto de siglo. Será un proceso largo y que será vivido con frustración por aquellos que apoyan al Polisario que lo verán como una claudicación de la comunidad internacional. Sin embargo, una perspectiva de solución real dependerá de la capacidad de Marruecos para garantizar una autonomía política suficiente al Sahara y del buen entendimiento entre Argelia y Marruecos, factores por ahora inexistentes.

También es muy probable que los próximos años las dos riberas mediterráneas se vean inmersas en crisis sociales y políticas de envergadura. Uno de los hechos más preocupantes es un repliegue en identidades excluyentes, que, en una u otra dirección, perciben aquello como una amenaza. En el sur toma a menudo la forma de un fundamentalismo religioso, a veces de expresión violenta. En la ribera norte, este repliegue identitario se traduce en el ascenso de la extrema derecha y el racismo. Durante los últimos años han habido indicios de este peligro: el Frente Nacional en Francia llegó a la segunda vuelta de las elecciones de 2002; la extrema derecha formó parte del Gobierno austriaco; en Flandes el *Vlaams Velang* muestra una vitalidad preocupante; e incluso en nuevos países miembros, como Bulgaria y Rumania, han arraigado movimientos de dicho tipo.

La población musulmana europea es uno de los principales objetivos de estos movimientos y, por tanto, su crecimiento envenenará las relaciones entre las dos riberas del Mediterráneo. Para hacer frente a los radicalismos y conseguir una mayor cohesión social y armonía en la región se necesitará, por un lado, que el islamismo político pueda integrarse en el juego político con normalidad y moderación, con posibilidades de convertirse incluso en un factor de modernización y democratización como en su tiempo lo fue la Democracia Cristiana. Por otro, se tendrá que ir a la raíz de los problemas políticos y sociales para prevenir que la xenofobia y la islamofobia vayan en aumento en el continente europeo.

Conclusiones

De las continuidades y cambios que acabamos de observar se deriva una conclusión: pese a las transformaciones experimentadas, los objetivos que el Proceso de Barcelona se marcó en 1995 continúan siendo completamente válidos. La paz, la democracia, la prosperidad compartida y el intercambio humano son prioridades esenciales para el Mediterráneo. Sin embargo, los instrumentos pensados hace doce años se tienen que actualizar. Por ejemplo, una política mediterránea eficaz se debe complementar con una política africana potente y con una mayor atención hacia Oriente Medio, especialmente hacia Irán. Los gobiernos y sociedades de la región tampoco tienen que olvidar el peso creciente de China y que factores globales como el cambio climático los hacen especialmente vulnerables.

Una Europa más fuerte, un Mediterráneo más integrado, una concienciación de la urgencia para hacer frente a las disparidades socioeconómicas, un esfuerzo colectivo para solucionar los

conflictos aún abiertos, una voluntad de defender en común los intereses en el ámbito internacional, un trabajo continuado de lucha contra los extremismos y una defensa de la democracia y del respeto a los derechos humanos son elementos que pueden garantizar que el Mediterráneo del año 2032 sea más seguro y próspero que el del año 2007 y el de 1983.

Referencias bibliográficas

BALTA, Paul. *El Euromediterráneo: desafíos y propuestas*. Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2005.

BARBÉ, Esther. "Turbulencia en el Mediterráneo: desafíos globales, conflictos locales y espacios regionales". *Derecho Internacional y Relaciones Internacionales en el Mundo Mediterráneo. XVII jornadas 1997* (1999). Madrid: Boletín Oficial del Estado.

HALLIDAY, Fred. *Middle East in International Relations, power, politics and ideology*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.

JÜNEMANN, Annette (ed.). *Euro-Mediterranean Relations after September 11, International, Regional and Domestic Dynamics*. London: Frank Cass, 2004.

MAHJOUR, Azzam. "La politique européenne de voisinage: un dépassement du partenariat euro-méditerranéen". *Politique Étrangère*, 3/2005: 535-544 (2005).